Allá adentro

La ciudad está vacía gracias a una cuarentena que ya ha durado algo de tiempo. Las personas se han acostumbrado a salir por lo necesario para sobrevivir, y a veces hasta han dejado de creer que se puede pasear en la calle sin temer en la enfermedad que los azota.

La gente ya no siente el viento en sus caras y se resignan a escuchar a los pájaros cantar desde sus camas. Pero eso sucede adentro, junto a muchas cosas más que les compete solamente a ellos.

Mientras los de adentro formulan cómo sería su vida si estuvieran afuera, hay alguien afuera que su hogar se halla en sí mismo. Él es el único que ha guardado completo confinamiento, porque la calle es su casa y hace mucho que no pisa una con techo y paredes.

Ahí va él caminando semidesnudo con un cartón en la espalda y una barba larga que va barriendo el piso donde sus pies van a pasar. La gente lo observa pasar por las calles siempre sonriendo y hablando solo.

-Mira cómo me observan esos de allá, últimamente soy la novedad para ellos, todos los días murmuran que haga algo que no sea caminar, pero a mí me gusta hacerlo y espero algún día satisfacerlos con un poco más, pero por hoy se deben resignar a verme vagar como lo hice ayer y como siempre lo he hecho, aunque nunca se hayan dado cuenta.

Así pasaban los días en la ciudad, uno caminaba por las calles mientras los demás observaban su transitar. Para ellos era como un programa de televisión transmitido a la misma hora en el mismo canal de siempre. Lo que no podían mirar eran sus ideas ocurría muy diferente a lo que pasaba a su alrededor, hasta podría aventurar la hipótesis de que nunca supo lo que sucedía.

Él imaginaba estar solo cuando muriera. Su deseo era fallecer en su ataúd de cartón donde dormía. El anhelo de morir le propinaba un golpe de tranquilidad que lo tumbaba en el suelo con la boca abierta lista para comerse a las nubes. Cuando pensaba en su fallecimiento, sus lágrimas salían a ver como él disfrutaba de esa idea. Y a pesar de estar trepado todo el día en ese carrusel de imágenes fatídicas, él nunca apresuró su muerte, pues solamente viviendo podría seguir sintiendo el porvenir.

Así su mente deambulaba en el transcurso del tiempo, hasta que por naturaleza el virus desapareció de la ciudad; los enfermos se curaron y los muertos pudieron ser velados por sus familiares. La cotidianeidad pasada voló al presente y la observación de detalles disminuyó tanto que él que caminaba en las calles durante la cuarentena pasó a ser un fantasma olvidado.

Muchos dicen que aún ronda por la ciudad en las noches, otros especulan que es por las mañanas o en las tardes, pero la verdad es que él volvió a ser invisible ante la sociedad, y siguió rondando por todos lados pensando en cómo exhalaría su último aliento.